

ADVERTENCIA

Un estudiante de filología hispánica verá en estas páginas el resumen del resumen del resumen (elévase a la potencia negativa que se desee) sobre gramática histórica. Ciertamente no se busque lo que no se ha pretendido poner en ellas. Abundantes son las obras especializadas en dicha materia. Aquí se trata de ofrecer un aperitivo que estimule el apetito de aquellos que no quieren saber mucho, pero quieren saber un poco más. He pretendido evitar en la medida de lo posible la terminología y emplear un lenguaje ameno que, si no abre la boca de admiración, tampoco lo haga como expresión de bostezo. No sé si lo he conseguido.

Yo soy ella

1

Tal vez hayáis visto una fotografía de vuestra madre haciendo la primera comunión. Tiene algo de vosotros (o, mejor dicho, vosotros de ella). Esos ojos grises, ese hoyuelo ... Cierta día un óvulo fue atravesado por un cabezón microscópico que se movía agitando un látigo. Y ahí comienza una historia prodigiosa. Tú eres ella. ¿Cuándo se produce ese portento que separa las aguas del mar? Los psicólogos tienen un experimento visual casi recreativo. Yo lo llamo el “gatoperro”. Vamos a fijarnos en la imagen de un felino. A través de minúsculos cambios imperceptibles para la vista el animal gatuno se transforma en el mejor amigo del hombre (¡eh!, y de la mujer, que diría una militante del movimiento feminista de liberación verbal). El maullido se hace sin darnos cuenta ladrido. De manera semejante “mater” se convierte en “madre” y “porta” viene a ser “puerta”. Algunos hijos se parecen tanto a los padres que no precisan sacar el documento nacional de identidad para probar que tienen los mismos genes. Pero a veces ¡ni con lupa! ¿Quién podría adivinar que el municipio palentino de “Grijota” no es otra cosa que el latín “ecclesia alta”?

Desde el “quosque tandem abutere patientia nostra” hasta el “¿Por qué no te callas?” y “no lo haré más” han pasado ya muchas sequías y otras tantas remojadas. A comienzos del siglo V los bárbaros asoman sus barbas por

encima de las fronteras romanas. Los aristócratas huyen a la campiña, pero la lengua latina permanece invicta en las bibliotecas, en la boca de los esclavos, en la voz de los comerciantes, en los insultos de los soldados, en la lengua procaz de las prostitutas.

Ésta es la historia breve de cómo ella ha llegado a ser tú.

Los siglos oscuros

2

En el principio fue el silencio. En esa línea continua que transforma un gato en un perro alguien ha dejado caer unas cuantas gotas de tinta negra. Como en aquel cuadro de Mazo, discípulo de Velázquez, y donde se ve el puente de piedra de la ciudad de Zaragoza partido, tampoco nosotros podemos cruzar desde el arrabal hasta la ciudad. ¿Cuándo muere el latín? ¿En qué momento nacen las lenguas romances?

Los amantes de la cultura clásica consideran la desaparición de la lengua latina como un proceso de una lenta degradación. Hoy se pierde esto, mañana aquello. Ya decía san Agustín en el siglo V que prefería la censura de los gramáticos a que el pueblo no le comprendiese. Y “entender” no es lo mismo que “hablar mal”, hacerlo de una manera incorrecta. Contrariamente a los puristas, educados en la tradición literaria, el obispo de Hipona sostiene una actitud “modernizadora”. “Los vivos siempre tienen razón”, decía Schiller. Al menos porque los muertos ya no pueden defenderse. La savia de la lengua latina deja de fluir a través de esas venas que son las calzadas romanas. La

invasión de los pueblos germánicos rompe la unidad del imperio, desarticula el comercio, encierra cada territorio dentro de sí mismo. Si el lingüista quiere hallar las formas de lenguaje más arcaicas debe buscar en aquellas aldeas de montaña alejadas, distantes de cualquier ruta y en las cuales desde hace siglos no ha pasado nadie.

Una anécdota

3

Cuando a una niña muy pequeña, sobrina mía, se le preguntaba dónde estaba su muñeca, ella respondía: “Aquí con mi”. Como adultos – el adulto enseña la lengua materna a los infantes – le hacíamos observar que debía decir “conmigo”. Y, sin embargo, de una manera inconsciente ella tenía la razón histórica de su lado. Éramos nosotros quienes estábamos equivocados. Todos recordamos esas palabras de las misas en latín: “Domine vobiscum”. El Señor “con vosotros”. De modo parejo “mecum” significa “conmigo”. Ahora bien, en la evolución del latín al castellano la consonante velar se hace sonora. Así “mecum” se transforma en “mego”. Pero entonces sucede que se pierde la conciencia de la conjunción y el pueblo vuelve a introducirla de nuevo en el inicio de la palabra: “conmigo”. O sea, que decimos en realidad “con-mi-con”. ¿No tenía mayor olfato lingüístico la niña sin haber estudiado nunca eso de “rosa, rosae, rosarum”?

Ley y orden

4

Antes hemos visto que una alteración en el sonido de “mecum” creaba el pronombre nuevo y absurdo: “conmigo”. Y todo porque la k se ha convertido en g. Alguien podría preguntarse por qué motivo no se transforma en s. O bien en m, o cualquier otro fonema distinto. Pues bien, porque k y g son idénticas en todo salvo en una sola cosa: en la primera no vibran las cuerdas vocales mientras que en la segunda sí lo hacen. La condición sonora establece la diferencia. La geometría nos dice que bastan dos puntos para trazar una cuerda. Y los filólogos alemanes en el siglo XIX, advirtiendo casos como “securu”, que nos da “seguro”, y “fregar”, cuyo origen es “fricare”, tiraron del cordel: entre vocales k > g. Abundantes correspondencias entre los demás sonidos fueron buscadas, y halladas. Como observaban que esto sucedía en todos los casos llamaron a su descubrimiento “ley fonética”. ¡Qué entusiasmo sacudió sus almas! Eran los tiempos del positivismo y la ciencia, no contenta con sacar sus secretos a la naturaleza, preparaba también el asalto a las humanidades. Sin embargo, aquellos filólogos tuvieron – no lo hicieron, claro - que moderar su alegría ingenua. Las piedras caen igual en Roma o en Berlín. La ley de la gravedad es universal. Sin

embargo, vemos que el latín “porta” diptonga en el castellano “puerta” mientras que se mantiene en catalán. Y eso para no mencionar que el latín “augusto” se convierte en el francés - la lengua romance más “progresista” y “tragasonidos”-, en “août”. De manera que aquellas pretenciosas leyes físicas tuvieron que rebajar sus ínfulas a tendencias localizadas más o menos generales en la evolución de las lenguas dentro del tiempo. Los cambios no solamente eran naturales, mecánicos y sin excepción alguna, sino históricos. Basta señalar una excepción curiosa: siguiendo las supuestas leyes fonéticas la ciudad de Emérita hubiera debido llamarse como esa sustancia marrón que los franceses tienen a todas horas en la boca y los demás allí donde la espalda pierde su nombre. Y esto es algo que no hubieran consentido las narices de los merideños.

Las “leyes” humanas tampoco son ciegas. Establecen un orden social. Cuando los revolucionarios franceses derribaron la Bastilla muchas de sus piedras se emplearon en la construcción del puente de la Concordia. De la misma manera el nuevo orden de la gramática castellana se compone en parte de materiales arrancados a la lengua latina.

La lengua que hablamos no procede de la lengua que hablaban los Virgilio y los Horacio sino del latín vulgar hablado por el pueblo. Siglos más tarde Gonzalo de Berceo dirá que habla en “román paladino”,

pues es el modo en el cual cada uno “habla con su vecino”. O sea, a las claras, lisa y llanamente, sin una oscura vestimenta latinizante. Las fuerzas que disgregaron el latín estaban ya latentes o, mejor dicho, presentes, aunque contenidas por el dique de la educación. Si no fuese un signo de incultura la *d* intervocálica de los participios de nuestra lengua hubiese desaparecido (cantao, jugao, etc.). Así, debido a la relajación, cayó en latín la vocal postónica.

En cuanto a la sintaxis el latín expresaba la función de las palabras mediante declinaciones. Las desinencias de los vocablos establecían la relación de manera que el orden de colocación de las palabras en la oración tenía una mayor libertad que la rigidez de las lenguas romances. Y aquí también las alteraciones de los sonidos tuvieron su importancia. Nuestros sustantivos proceden del acusativo. Cuando desaparece la *m* de *rosam* este caso se confunde con el nominativo *rosa*. Entonces era necesario una nueva organización, pero ésta no se produce en una clase de interregno caótico, sino como una “convivencia” entre lo viejo y lo nuevo. Un griego de la Constantinopla no diría tras la toma de Constantinopla: “hemos salido de la edad media”, denominación que no entenderían los hombres medievales como tampoco los egipcios comprenden vivir en el “oriente medio”.

Un clavo en Castilla.

5

Entre las lenguas romances el castellano da la nota, pega el cante. Todas sus hermanas conservan la f inicial latina: farina, fill, faim, etc. ¿A qué se debe esta extravagancia, esta rareza del castellano? Nuestra lengua nace en contacto con la lengua vasca y ésta no tiene dicho sonido. O sea, surge en un territorio bilingüe. Como no sabían pronunciar dicho fonema en las palabras latinas lo sustituyeron por una h aspirada, una j suave que termina por desaparecer (jolgorio, holgar, juerga y huelga comparten su raíz). El avance del castellano en forma de cuña o, si se quiere de abanico, separó el catalán del gallego. Esa h aspirada, procedente de la cuna del castellano, se extendió hacia el sur hasta convertirse en la norma de pronunciación. Todas las palabras que hoy conservan la f inicial son cultismos latinos que se han introducido más tarde a través de la escuela.

Esa pérdida de la f en posición inicial se relaciona con el sustrato lingüístico. Si escuchamos a un jugador de fútbol, o cualquier extranjero, hablando nuestro idioma, podemos comprobar que bajo nuestros sonidos subyacen característica de su lengua nativa. No saben reproducirla con

exactitud. Vamos a imaginar que todo un pueblo conquistado adopta la lengua del vencedor. Algunas de las tendencias naturales de la lengua de origen afloran aunque para ello precisen un largo periodo de tiempo. Se diría que en una pared pintada una parte de la pintura anterior vuelve a salir. Hemos de pensar que los pueblos conquistados no cambian inmediatamente su habla. En un texto latino se menciona a un pastor dando grandes voces en su idioma. Y, en el caso de dicho pastor ibero, en lugar de decir “canis” (el cultismo “can”) diría “perro”, una voz onomatopéyica “prrr” para dirigirse al perro que reúne a las ovejas.

Como hemos visto la lengua vasca – un idioma que no es indoeuropeo - es la causa de una singularidad del castellano dentro de las lenguas romances. Terminemos con un hecho curioso: hoy se conoce en lenguaje popular a los extranjeros como “guiris”. La etimología de esta palabra procede de que los carlistas, por influencia de su idioma, llamaban a los “cristinos” o liberales con el nombre “guiristino”. O sea, los “guiris” eran los constitucionales contrarios a los fueros.

Pasapalabra

6

Decía Machado que “todo pasa y todo queda”. También las voces se apagan, desaparecen engullidas en el abismo del silencio absoluto. A veces ni siquiera han dejado impreso el hollín en la página blanca. Sin embargo, otras palabras surgen de la boca, atraviesan desde la nada hasta el ser a través del suave soplo mágico de la garganta. Como estamos prevenidos de su fragilidad las guardamos en esos arcones de letras que llamamos diccionarios. Pero esos alados sonidos, dotados de un sentido, están hechos para volar en el aire.

Las palabras que hoy usamos son la capa última, la sobrefaz de una serie de estratos anteriores. El latín aporta la mayor parte de nuestro vocabulario. Pues bien, así como las fechas se sitúan según sean anteriores o posteriores a Cristo, también nuestro léxico es prerromano y, para decirlo de alguna manera, “post-romano”. Y éste último, la parte del león, no es sino el latín evolucionado hasta el romance y al que se han añadido barbarismos de los pueblos que han invadido la península: germanos y, siglos más tarde, árabes. Antes de la llegada de Escipión y sus legiones poblaban esencialmente España los vascones, fenicios, iberos y los celtas. Ya hemos mencionado cómo en un texto latino se

habla de un pastor que daba grandes gritos en su lengua indígena. Las voces prerromanas, a falta de escritura, se postulan mediante exclusión. Cuando se han descartado otros orígenes posibles o bien seguros se acude a rotularlas como “prerromanas”. Como es lógico estas palabras se refieren casi siempre a la naturaleza, topónimos y a la vida campesina: arroyo, barro, páramo, garbanzo -discutible-, cabaña, colmena, etc. Se comprende fácilmente que no se tengan vocablos pertenecientes al derecho, la administración, la filosofía y toda aquella parte del léxico propia de la civilización.

Al latín de la península, además de las palabras incorporadas de los pobladores antiguos, afluyen otras voces procedentes de los conquistadores germanos. Algunas veces no solamente se integran dentro del caudal léxico sino que desplazan a vocablos latinos ocupando su lugar. Así, la palabra de origen germánico “guerra” sustituye al latín “bellum” cuya raíz resiste en voces como “rebelión”, “bélico”, “beligerante”. Tampoco es de extrañar que el latín adopte palabras militares de unos pueblos guerreros. Tenemos vocablos como: bandera, arenga, dardo, flecha, espía, guardia, etc.

En el año 711 d.C los árabes ponen pies en polvorosa a los visigodos que huyen a las montañas del norte. Su larga permanencia de ocho siglos en la península explica los muchos arabismos introducidos en el castellano ya sea a través de los mozárabes en territorio musulmán o

de los mudéjares en tierras cristianas. La contribución árabe a nuestra lengua comienza ya desde la puerta de entrada: “Gibraltar” es “Yebal Tarik”, la “montaña de Tarik”, uno de los caudillos junto a Muza. Entre las más fáciles de reconocer están las que comienzan por el artículo árabe “a” o “al”, como “alcalde”. En el caso de “azúcar” se produce un malentendido similar al caso de “con-mi.con”. Como “al” es el artículo árabe se dice “el el” (esto no pasa en “sugar”, “zucchero” o “sucre”). Otras voces reconocibles son las que comienzan por “beni” (de Ibn”, hijo de). Se refieren habitualmente a topónimos: Benicarló, Benidorm, Benicasim, etc. La lista es fácil de ampliar.

El parto

En cierto momento tomamos conciencia clara de que el gato es ya un perro. El latín ha muerto ¡Viva el latín! Solamente que ese “latín” ya no es latín sino castellano, catalán, gallego y las otras lenguas romances. El vagido de ese alumbramiento se refleja en las Glosas silenses, en el monasterio de santo Domingo de Silos, provincia de Burgos, y en las Glosas emilianenses, en san Millán de la Cogolla, provincia de la Rioja. O sea, la cuna del castellano. Estas glosas, que son del siglo XI, vienen a ser las anotaciones al margen hechas por un monje en un texto latino donde hay palabras que no se conocen. Vendrían a ser algo así como “chuletas” pero sin el hueso de las notas académicas.

Pero junto a las glosas se debe mencionar también las “jarchas”. Éstas eran breves versos escritos en mozárabe dentro de “moaxajas”, poemas en árabe. Sin duda podéis recordar aquella canción de Madonna en inglés y en la que se inserta eso de “isla bonita”. Hace poco escuché a dos magrebíes hablando árabe, pero entremedio se hacía entendible estas palabras: “hijoputa”. Claro, que dicho insulto no tiene nada que con la lírica de las jarchas.

Pablo Galindo Arlés

14 de septiembre de 2020

